
JOSÉ MANUEL DE BERNARDO ARES

(coord.)

EL COMIENZO DE LA DINASTÍA
BORBÓNICA EN ESPAÑA

Estudios desde la correspondencia real

GRANADA, 2016

Imagen de portada:
«Felipe V niño», de Pierre Mignard

Diseño de cubierta:
Virginia Vílchez Lomas

© Los autores

© Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

<http://www.editorialcomares.com> • E-mail: libriacomares@comares.com
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>

ISBN: 978-84-9045-156-4 • Depósito legal: Gr. 155/2016

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	VII
I. ESTUDIOS HISTORIOGRÁFICOS	1
1.1. 1701	3
A LA SOMBRA DEL REY SOL. EL ESTABLECIMIENTO DE FELIPE V EN EL TRONO ESPAÑOL A TRAVÉS DE LA CORRESPONDENCIA REAL DE 1701. <i>Adolfo Hamer Flores</i>	5
Introducción	5
Versalles sobre Madrid. Una (desigual) alianza de Coronas	7
Hacia la guerra. El necesario viaje a Italia	10
Una reina para el rey	16
Conclusiones	18
1.2. 1713	19
LAS CORTES COMO CENTROS DE PODER: SOCIOLOGÍA CORTESANA Y PROBLEMAS INTERNACIONALES SEGÚN LAS CARTAS REALES DE 1713. <i>José Manuel de Bernardo Ares</i>	21
Introducción	21
Primera parte: la corte como centro de poder	23
Segunda parte: la persecución de la paz y la continuación de la guerra	32
Conclusiones	57
UN OBSTÁCULO PARA LA PAZ: LA PRINCESA DE LOS URSINOS EN LA CORRESPONDENCIA REAL DE 1713. <i>Jesús Ángel Cabezas Estrada</i>	59
1. Introducción y objetivos	59
2. Una recompensa a los servicios prestados	60
3. La soberanía en las cartas	62
4. Conclusiones	67
LAS RAZONES DE UNA ESTRECHA RELACIÓN: MARÍA LUISA GABRIELA DE SABOYA Y LUIS XIV EN 1713. <i>Antonia María Jarit Wals</i>	69
1. Introducción	69
2. M. ^a Luisa Gabriela de Saboya (1688-1714). El carácter de una reina	72
3. Procedencia y estado de conservación de la correspondencia entre Luis XIV y M. ^a Luisa Gabriela	76
4. Análisis del contenido de la correspondencia entre Luis XIV y M. ^a Luisa Gabriela durante 1713	77
5. Conclusiones	87
Anexos	88

II. REGESTA, TRANSCRIPCIÓN Y TRADUCCIÓN DE LAS CARTAS REALES	89
2.1. 1701	91
REGESTA Y NOTAS EXPLICATIVAS POR ADOLFO HAMER	93
2.2. 1713	127
REGESTA POR JOSÉ MANUEL DE BERNARDO ARES	129
III. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	185
Fuentes	185
Bibliografía	187
IV. BIOGRAFÍAS RELEVANTES	191
V. ÍNDICE ANTROPONÍMICO	197

A LA SOMBRA DEL REY SOL
EL ESTABLECIMIENTO DE FELIPE V EN EL TRONO ESPAÑOL
A TRAVÉS DE LA CORRESPONDENCIA REAL DE 1701

Adolfo Hamer Flores
Universidad Loyola Andalucía

INTRODUCCIÓN

En no pocas ocasiones, algunas etapas de nuestro pasado se nos muestran muy bien analizadas por la comunidad historiográfica. En este sentido, sobre el establecimiento del primer Borbón en el trono español no faltan monografías y artículos que diseccionan, casi con la precisión de un cirujano, los procesos, los individuos y las instituciones que se dieron cita en este periodo. No obstante, en otros casos fuentes de una importancia capital no han sido convenientemente estudiadas e integradas en esos trabajos, con lo que su análisis abre interesantes horizontes para conocer mejor dichos periodos.

Este es el caso, por ejemplo, de la abundante correspondencia real cruzada, desde 1701 hasta 1715, entre Luis XIV y los reyes españoles Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya. Un pequeño porcentaje de estas cartas, ciertamente, han venido empleándose desde el propio siglo XVIII para escribir sobre esta etapa, pero hasta la fecha nadie se había propuesto la titánica iniciativa de localizar, estudiar y editar todas esas misivas que contienen las claves de numerosos asuntos tanto nacionales como internacionales¹. Nuestra aportación aquí, por tanto, consistirá en realizar un análisis histórico del primer año de reinado de Felipe V valiéndonos de las correspondientes a 1701. Antes de entrar en los temas principales que abordan, consideramos de utilidad el proporcionar algunas pinceladas de sus características formales y de su procedencia archivística.

Las cartas reales estudiadas de 1701 proceden de dos archivos, una biblioteca y cuatro obras impresas en los siglos XVIII y XIX. En la Biblioteca del Cigarral del Carmen de Toledo (BCC) se conservan prácticamente todas las cartas originales en lengua francesa que Felipe V y su mujer dirigieron a Luis XIV, correspondiendo diez de

¹ Esta impagable iniciativa está siendo desarrollada por un grupo de investigación dirigido por el Dr. D. José Manuel de Bernardo Ares, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Córdoba, del que forma parte el que suscribe estas líneas.

ellas al periodo que nos ocupa. Las misivas originales en español y algunas copias en francés de las conservadas en Toledo se custodian, mezcladas con otra documentación diplomática de ese año, en los Archives du Ministère des Affaires Étrangères de Paris (AMAE). También en ellos encontramos los borradores de muchas de las remitidas por Luis XIV a su nieto y a su consorte. En lo que respecta a los textos originales del soberano francés, no tenemos igual fortuna que la habida con los monarcas españoles: solo se custodian dos cartas, correspondientes al mes de diciembre, en el Archivo Histórico Nacional (Madrid). Esta circunstancia nos llevó a rastrear intensamente las fuentes de carácter impreso, habiendo localizado en tres obras un total de seis casos en los que no disponemos de ningún original o copia manuscrita de archivo. De este modo, de una cifra que no llegaba ni a la decena de cartas, que han sido las manejadas hasta ahora por la comunidad científica, hemos podido acceder tras nuestro trabajo de búsqueda a un total de cincuenta y siete; cifra a la que habría que sumar otras cinco cartas que no nos ha sido posible localizar aún pero que nos consta fehacientemente que existieron².

Las cartas suelen ser breves, con una extensión que rara vez va más allá de folio y medio. Su redacción es cuidada y elegante, siendo posible hacer una clasificación atendiendo a su lengua y estructura. Frente a las misivas de Luis XIV, escritas en francés y que se mantienen en una misma línea estilística, las de Felipe V muestran un curioso fenómeno resultado de no estar en este año 1701 completamente definida su correspondencia con el rey francés como estrictamente particular. Así, encontramos cartas en lengua española que se ajustan a los mismos esquemas y formularios usados en el reinado de Carlos II, en las que tuvo que valerse de secretarios y traductores³, junto a cartas en francés redactadas de su puño y letra o a su dictado. Ambas realidades coexisten durante toda la etapa analizada, aunque se aprecia una reducción gradual de las cartas en español. Aún más, en lo que respecta a contenidos, es fácil apreciar que las enviadas en la que no era su lengua materna tienen un carácter más protocolario y frío, que se opone a las más cercanas y cordiales escritas en francés. En lo que respecta a las cartas cruzadas entre Luis XIV y la reina María Luisa Gabriela de Saboya fueron pocas, contando hoy solo con un ejemplo de cada una, en lengua francesa y con formas entrañables.

El contenido de estas 57 cartas localizadas lo estructuraremos para su análisis en tres apartados. El primero lo centraremos en el proceso de normalización de relaciones entre Francia y España, que desde muy pronto muestra signos de tutela de Versalles sobre Madrid. El segundo lo dedicaremos a los movimientos diplomáticos y militares

² Se trata de dos cartas de Luis XIV a Felipe V de 16 de mayo y de 29 de julio; dos de Felipe V a Luis XIV de 2 y de 10 de junio; y una de Luis XIV a María Luisa Gabriela de Saboya de 8 de octubre.

³ Este hecho es de gran importancia pues no solo implicaba que el contenido de una correspondencia de tipo privado estaba al alcance del aparato burocrático español que rodeaba al nuevo monarca, sino que además las cartas se escribían en un idioma que Felipe V desconocía.

para la preparación de una guerra que se sabía inminente, entre los que destaca sobremanera el viaje del rey español a sus posesiones italianas. El tercer bloque, finalmente, abordará la cuestión del matrimonio de Felipe V, necesario y urgente tanto para gestionar posibles alianzas, que resultaron fallidas, para el conflicto que se avecinaba como para garantizar los herederos que asentaran al antiguo duque de Anjou en su nueva Corona.

VERSALLES SOBRE MADRID. UNA (DESIGUAL) ALIANZA DE CORONAS

Las últimas décadas del siglo XVII estuvieron marcadas por una relación bastante tensa entre Francia y la Monarquía Hispánica. La complicada gestión de la sucesión de Carlos II había llevado a que hasta la propia apertura de su testamento, en noviembre de 1700, no se pudiera resolver definitivamente cuál sería el orden sucesorio establecido. Finalmente, la Corona pasaría a manos del duque de Anjou, nieto de Luis XIV; este último aceptó el 16 de diciembre este documento de última voluntad, con lo que Felipe V de Borbón accedía al trono de la Monarquía Hispánica⁴.

No debe extrañarnos, pues, que en los primeros meses de su reinado se preste una especial atención al restablecimiento de las relaciones diplomáticas y a forjar una alianza entre ambos Estados. Felipe V nombra en enero como su embajador extraordinario en la corte francesa al marqués de Velasco, condestable de Castilla (FL 2-1-01a); del cual, dos meses más tarde, el rey francés indicaría que estaba muy satisfecho. Además, este último le reiteraría entonces que los intereses de ambas monarquías eran los mismos (LF 29-3-01), afirmación que será una constante en estos primeros momentos (FL 21-4-01, LF 17-5-01a) junto a referencias a cuestiones familiares. En este sentido, podemos mencionar algunos temas recogidos en la correspondencia como la comunicación de la muerte de Luis de Orleans, hermano pequeño de Luis XIV (LF 10-6-01), que había fallecido el 9 de junio de 1701⁵. Felipe V expresaría sus condolencias por cartas de 7 y 24 de julio y además hizo partir a la corte francesa a un enviado extraordinario, Francisco de Eguaras; gesto que el rey francés agradecería enormemente (LF 10-11-01). Otras cuestiones que se plasmaron en las cartas fueron el nombramiento como caballeros del Toisón de Oro⁶ que el monarca español hizo a su hermano el duque de Berry (FL 3-6-

⁴ Para obtener una visión completa y reciente de todo este proceso sucesorio, véase Luis Antonio RIBOT GARCÍA, *Orígenes políticos del testamento de Carlos II...*

⁵ Éste era el padre de María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II.

⁶ La Orden del Toisón de Oro era una orden de caballería fundada en 1429 por Felipe III de Borgoña y cuya dirección había recaído en los soberanos españoles a través de Felipe I el Hermoso. Era una de las órdenes más prestigiosas de toda Europa, de ahí la importancia de su concesión. A la muerte de Carlos II, tanto Felipe V como el archiduque Carlos ostentaron el gran maestrazgo de la Orden; una disputa que aunque pareció resolverse en 1725 cuando se acuerda que el emperador Carlos VI pudiera seguir actuando como gran maestro durante el resto de su vida, resurgió cuando sus herederos siguieron reclamando esta dignidad. Surgirían así dos ramas en esta orden de caballería: la austríaca y la española.

01a) y a su tío el duque de Chartres (FL 3-6-01b), y la delicada salud de la duquesa de Borgoña (FL 3-9-01; LF 2-10-01).

Esta alianza entre las dos Coronas mostró desde sus inicios claros síntomas de desigualdad pese a los esfuerzos franceses por evitar que en Francia y en España, al igual que en otras potencias, se plantease abiertamente el control de Luis XIV sobre la monarquía de su nieto. No solo su experiencia en el gobierno y en la diplomacia internacional harán que los pasos a seguir y las decisiones las marque el Rey Sol, sino que en muchos otros asuntos será el propio Felipe V quien solicite que la última decisión la adopte aquel. En este sentido, en el mes de marzo, sostenía, en relación a los tratados firmados con el duque de Mantua, que él había ratificado todos sus puntos pero con la prevención de aceptarse, finalmente, todo o parte de sus artículos en función de si eran o no sancionados por Francia (FL 18-3-01); en mayo inquirió a su abuelo sobre si sería conveniente que España tuviera embajador en Inglaterra con el objetivo de que moviera los ánimos de aquellos parlamentarios a favor de España o que al menos los dividiera para evitar los perjuicios que se derivarían de una guerra (FL 5-5-01); y en julio es posible comprobar cómo los tratados de alianza de Francia y España con Portugal habían sido gestionados fundamentalmente por la primera (FL 14-7-01a).

Así pues, desde fecha muy temprana se observan algunas iniciativas francesas que evidencian la fuerte tutela que ejercía el vecino país sobre la Monarquía Hispánica. A mediados de mayo, Luis XIV indica que ha resuelto dar a los Grandes de España que acudían a su corte, así como a sus cónyuges, el tratamiento que se concedía a los duques franceses, sugiriendo a su nieto que procediera en este mismo sentido en su monarquía (LF 15-5-01). Propuesta que contó con el rápido beneplácito de Felipe V, que concedió igual tratamiento a los duques franceses que a los Grandes de España cuando sirvieran cerca de su real persona (FL 16-6-01). Esta medida, a todas luces, fue una estrategia del rey francés para allanar el camino a gentes de su confianza para que accediesen a instituciones y organismos de poder en Madrid; no obstante, la decisión de Felipe V movió a alguna oposición entre los Grandes españoles, que fue rápidamente aquietada. El duque de Arcos elevaría un memorial al soberano exponiendo que esa equiparación no debía realizarse por no existir igual grado de nobleza entre ambos grupos; un documento que, como cabía esperar, enfadó a Felipe V, que respondió, mediante carta de 19 de agosto de 1701, destinando al duque al ejército en Flandes; un empleo que éste aceptó el día siguiente⁷.

Ciertamente, la propia actividad del cardenal Portocarrero que, sin serlo, actuó de facto como primer ministro en los primeros meses de reinado, facilitó este control de

⁷ Este memorial y la respuesta que se le dio se hicieron muy conocidos en la época, razón por la cual hoy disponemos de numerosas copias. El duque de Arcos elevó al rey una versión abreviada del informe más extenso que mandó elaborar a don Luis Salazar y Castro (Biblioteca Nacional de España, en adelante B.N.E., mss. 7062 y 7285)

Luis XIV. El cardenal trató de apartar al joven rey de influencias ajenas a su persona y sus aliados y para su gobierno favoreció la creación de un Consejo de Despacho o de Gabinete⁸ en el que insistió que estuviera presente el embajador francés⁹. Al rey de Francia esta medida tan pública no le agradó inicialmente pues exponía demasiado a la opinión de españoles y extranjeros su influencia, pero acabó accediendo a ello. Este Consejo estaría integrado por el propio cardenal Portocarrero, el presidente del Consejo de Castilla y el embajador francés Harcourt, actuando como su secretario natural don Antonio de Ubilla y Medina¹⁰, que lo era del Despacho Universal. El total control en materia de guerra de Francia y el peso de la decisión francesa en ese Despacho hizo que Portocarrero optase, cuando empezó a comprobar que su influencia se reducía, por incluir nuevos miembros como el duque de Montalto (presidente del Consejo de Aragón) y el marqués de Mancera (presidente del Consejo de Italia)¹¹. Aún así sus gestiones resultaron infructuosas, su papel a medida que pasaban los meses se reducía¹², y con la marcha al reino de Aragón tras anunciarse su matrimonio para recibir a la reina y celebrar Cortes allí¹³, definitivamente su ascendiente sobre el monarca se difuminó. Este peso y trascendencia de Versalles se refleja muy bien en el hecho de que se envíe a Madrid a Jean Orry para que se ocupase de las finanzas españolas o en las reiteradas expresiones que Luis XIV dirige a su nieto para que escuche y haga caso en la toma de decisiones a los consejos de Harcourt y Marcin (LF 27-6-01; LF 30-7-01). Aún más, cuando se decide que el rey español debe viajar a los territorios italianos, Felipe V determina que su despacho estaría integrado por el embajador francés Marcin, el duque de Medina Sidonia y el conde de San Esteban (FL 3-9-01).

En cualquier caso, no siempre las peticiones y deseos franceses encontraron vía libre en Madrid. La administración española y el complejo sistema polisindial no siempre accedieron a las pretensiones que se formulaban en el eje Madrid-Versalles. En este sentido, a modo de ejemplo, podemos mencionar que Luis XIV, a través de su embajador, pretendería que el gobernador de Cádiz no visitase las casas de mercaderes

⁸ Acerca de este Consejo de Despacho véase Adolfo HAMER, «Hacia el centralismo borbónico...», *Codex. Boletín de la Ilustre Sociedad Andaluza de Estudios Histórico-Jurídicos*, 3 (2008), pp. 55-76.

⁹ Los primeros momentos del reinado de Felipe V aparecen muy bien reflejados en Luis María GARCÍA-BADELL ARIAS, «Los primeros pasos de Felipe V en España...», *Cuadernos de Historia del Derecho*, 15 (2008), pp. 45-127.

¹⁰ Sobre este individuo puede consultarse Adolfo HAMER, *Antonio de Ubilla, secretario del Despacho Universal de la Monarquía Hispánica (1643-1726)*, Madrid, Sílex, 2016 (en prensa).

¹¹ Vicente BACALLAR Y SANNA, *Comentarios de la guerra de España...*, I, pp. 38-39 y 59.

¹² El propio cardenal Portocarrero nos da buena cuenta de ello en el memorial que dirigió a Luis XIV en enero de 1703 (Adolfo HAMER, «Versalles sobre Madrid. Las frustradas reformas del cardenal Portocarrero...», en José Manuel de BERNARDO ARES (coord.), *El cardenal Portocarrero y su tiempo...*, pp. 127-141).

¹³ María de los Ángeles PÉREZ SAMPER, «Felipe V en Barcelona...», *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), pp. 57-106.

franceses en caso de iniciarse la guerra, pero el rey español le escribió remitiéndole una orden de 14 de marzo de 1689 para descubrir y averiguar en casos similares los bienes pertenecientes a mercaderes de enemigos al objeto de poder resolver en vista de ello lo más conveniente para ambas coronas (FL 14-7-01a). Del mismo modo, cuando el secretario francés de Marina, también por orden de su monarca, escribió al duque de Harcourt acompañando el discurso y relación que había hecho Pierre Le Moyne d'Iberville tocante al descubrimiento del río Mississippi y a la conveniencia de que ambas Coronas tuvieran colonias en esos parajes americanos, Felipe V traslada a su abuelo un extracto de lo que la Junta de Guerra de Indias le había representado sobre los derechos de España a esos territorios y los medios para mantener aquellas poblaciones (FL 5-7-01).

HACIA LA GUERRA. EL NECESARIO VIAJE A ITALIA

Desde Viena, el testamento a favor del duque de Anjou fue visto con tanta decepción como temor, por no mencionar el orgullo herido de haber renunciado España a la Casa de Austria tras dos siglos de estrecha unión. No aceptaría el emperador, por tanto, una sucesión que relegaba a un segundo lugar sus derechos y los de sus descendientes, por lo que las hostilidades comenzaron pronto. Europa de nuevo sería protagonista de movimientos diplomáticos destinados a ganar aliados para un conflicto bélico que se estaba gestando. Unos acuerdos que, indirectamente, fueron favorecidos por los Borbones al extender entre los estados europeos el temor a una Francia excesivamente poderosa a través alguna iniciativa como, por ejemplo, confirmar poco después de aceptar las últimas voluntades de Carlos II los derechos de Felipe V al trono francés¹⁴.

De igual modo, también Francia y España iniciaron pronto las gestiones para lograr aliados y reforzar militarmente algunas áreas estratégicas. Desde fecha temprana, se decidió que las tropas francesas remplazasen a las holandesas en Flandes y que se interviniese en las fortificaciones existentes en la provincia de Güeldres (LF 24-4-01); además, tampoco olvidarían reforzar la protección de alguna plaza en la propia península ibérica como fue el caso de Cádiz, cuya defensa por mar y tierra quedó asegurada (FL 14-7-01c).

Sería, no obstante, la península itálica uno de los escenarios clave de la competencia bélica entre ambas dinastías, y todos los actores implicados en el conflicto lo sabían. El emperador fijó sus objetivos allí desde un primer momento ordenando a Eugenio de Saboya que hiciese por todos sus estados hereditarios reclutas y, posteriormente, tanto

¹⁴ Luis XIV reconoció a través de las cartas patentes de 20 de diciembre de 1700 que Felipe V no renunciaba a sus derechos al trono de Francia. Una decisión que llevó a un malquistamiento de las relaciones con las potencias europeas, que no podía aceptar aquella impresionante unión dinástica y territorial (José Manuel de BERNARDO ARES, «Embajadores influyentes y nobles enfrentados...», en Agustín GUIMERA RAVINA y Víctor PERALTA RUIZ (coords.), *El equilibrio de los imperios: de Utrecht a Trafalgar...*, II, p. 70).

éste como los franceses trataron de ganarse a venecianos y genoveses¹⁵. Leopoldo I consideraba que no era posible la paz si Italia no permanecía bajo el dominio de la Casa de Austria, por lo que ya en abril de 1701 sus tropas atacarían el ducado de Milán, donde se encontraban para hacerles frente, desde enero anterior, veinticinco mil hombres que Luis XIV había enviado como tropas auxiliares a las de España¹⁶. Aún así, estas operaciones serían puntuales hasta el inicio formal de guerra en junio de 1702; actuando con cierta cautela el rey francés hasta entonces, como nos lo prueba el hecho de que ante la ocupación de las casas del rey español en Viena por parte de la Cámara imperial (FL 16-10-01), recomendase a su nieto que aunque podría confiscar los bienes de los vasallos del emperador en sus territorios, consideraba que no era aconsejable hacer esta resolución de manera general (LF 8-11-01). Igualmente, también son prueba de ello las alianzas y acuerdos que se establecen con algunos de los soberanos italianos como las gestiones realizadas con el duque de Saboya para casar a su hija menor con Felipe V o que se firmasen dos tratados, uno público y otro secreto, entre las coronas de España y de Francia con el duque de Mantua por medio del cardenal d'Estrées y Juan Carlos Bazán, embajador español en Venecia, para que el duque aceptara la presencia de tropas de las primeras potencias en su territorio con las prevenciones indicadas en dichos tratados (FL 18-3-01). Aún más, el papa constituyó entonces una pieza clave, al estar en sus manos la investidura del soberano Nápoles; de ahí que, temiendo que se decantara por investir al archiduque (LF 7-8-01), se accediera a las peticiones que el Santo Padre realizó a través de su nuncio en España para que el príncipe de Vaudemont dispusiese que en la marcha de los ejércitos españoles no se siguiesen desórdenes contra las cosas sagradas, especialmente los conventos de monjas. Una solicitud que posteriormente este mismo nuncio haría extensiva a las tropas francesas, para lo cual pidió la mediación de España (FL 27-11-01).

En este contexto no debe extrañarnos, pues, que Luis XIV considerase fundamental que su nieto viajase a sus dominios italianos. Su presencia allí inclinaría significativamente la balanza a favor de los Borbones. Esta propuesta se la traslada en el verano de 1701, aunque con la prevención de que debe mantenerse en secreto hasta que sea oportuno anunciarlo, fijando como fecha para su realización la primavera del año siguiente. El monarca francés consideraba que la guerra no daría inicio en ese año 1701 en Flandes, por lo que se podía realizar sin mayor problema ese periplo italiano (LF 7-8-01; LF 21-8-01); llegando a fijar incluso hasta como mes más recomendable para hacerlo el de marzo de 1702 (LF 2-10-01).

No obstante, la conveniencia de que Felipe V acudiera a los dominios italianos pasó a ser casi una necesidad a causa de la revuelta de Nápoles, tanto es así que el propio

¹⁵ Vicente BACALLAR Y SANNA, *Comentarios de la guerra de España...*, I, pp. 44 y 47.

¹⁶ Nicolás José de BELANDO, *Historia civil de España...*, p. 6. Felipe V nos informa también de esta colaboración entre Francia y España para proteger el ducado de Milán (FL 10-3-01a).

rey español solicitó consejo a su abuelo acerca de si convendría adelantar su viaje (FL 7-10-01). Esta revuelta, la primera dentro de la Monarquía Hispánica en la que hubo un intento serio de reconocer al archiduque Carlos como soberano, constituyó, sin duda, un antes y un después en los planes y decisiones del sector borbónico; de ahí la conveniencia de exponer aquí qué ocurrió en dicho reino en aquel verano de 1701. Un nutrido grupo de aristócratas napolitanos, cansado de las enormes cotas de poder conferidas hasta entonces a los foráneos (esta realidad les había forzado a articular una carrera alternativa de honor y provecho sin depender de las mercedes concedidas por los virreyes, dando lugar a un espacio de poder que debilitaba el mando virreinal y ponía en jaque la autoridad regia), y que aspiraban a que los principales oficios políticos y eclesiásticos se reservasen a las oligarquías del reino, decidieron posicionarse a favor del archiduque. Así, en septiembre de 1701 el virrey don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, recibió diversas informaciones en las que se le detallaba que se urdía una revuelta; unas informaciones que obtuvo, entre otros, del embajador de Roma, el duque de Uceda, y de la corte de Francia. De ahí que se decidiese a comenzar con las averiguaciones, para lo que se establecería una junta; un hecho para el que, sin duda, serían determinantes las manifestaciones públicas a favor del archiduque que se daban en la ciudad. Como resultado, se detuvo a algunos destacados religiosos y a varios seglares, a los que se encontró cartas del embajador austriaco en las que les hacía diversas promesas si reducían Nápoles a la obediencia del hijo del emperador¹⁷.

La rebelión se había ideado en Roma y fueron sus inspiradores el cardenal Grimani y don César Ávalos, marqués de Pescara. El plan se completaría con la entrada oculta al reino del barón de Sasinet, secretario del emperador de Alemania, que en muy pocos días se ganó a algunos de los principales personajes del reino, entre los que se hallaron el príncipe de Laricha, el duque de Telesia don Carlos de Sangro, don Tiberio y don Malicia Carrafa, don José Capecchia y el príncipe de Marcia. Ultimado el plan, se hacía necesario el conseguir adeptos en el círculo cercano al virrey; por lo que, previo soborno, aceptarían participar en la conjura el maestro de esgrima del duque de Medinaceli, don Nicolás Prisco, y su cochero. Ambos estuvieron de acuerdo en que la noche del día veintidós de septiembre los sublevados darían muerte al virrey en Fuentemedina, justo cuando volviese en coche del paseo que acostumbraba hacer diariamente por aquel paraje; tras lo cual el príncipe de Caserta, con seiscientos hombres, ocuparía Castelnuovo. Empresa que no había de ser muy complicada puesto que parte de la guarnición y el jefe de la armería también estaban conjurados. De este modo, una vez muerto el virrey y ocupadas las principales plazas de la ciudad y del reino, así como proclamado el archiduque Carlos, suponían que la situación volvería a la cama. Sin duda, la ayuda

¹⁷ B.N.E., ms. 11.263/43, ff. 3r.-3v.

que el príncipe Eugenio ofrecía para socorrerlos con tropas les hacía estar convencidos de las posibilidades de éxito de su iniciativa.

En un primer momento, se consideró el dar principio a la revuelta la noche del día de San Genaro, aprovechando la salida pública de Medinaceli y el gran concurso de población. No obstante, don Malicia Carrafa se opuso aduciendo los graves inconvenientes que podían derivarse de ello. San Genaro era el santo protector de Nápoles, por lo que la sangrienta iniciativa podía contar con la indignación y repulsa del pueblo, temeroso de la venganza que podía infligirles el santo. Se hizo necesario, pues, trasladar la fecha hasta el ya mencionado día veintidós. Sin embargo, antes del momento convenido un letrado llamado Nicodemo, pariente de uno de los participantes en la conjura, confesó todos los detalles de ésta al virrey; quien, a pesar de ser las dos de la mañana, no dudó en mandar prender inmediatamente a su cochero y al maestro de armas Prisco y ordenar que se les infligiese tormento. Sin mucha dilación, ambos confesaron todo lo que sabían, ofreciendo incluso los nombres de todos participantes en la conjura que ellos conocían.

Acto seguido, Medinaceli mandó prender a todos los conjurados que se pudiera localizar, arrestó a la guarnición de Castelnovo, que fue inmediatamente sustituida por otra, y dispuso que se intensificase la vigilancia armada sobre los castillos y en el palacio real. Asimismo, convocó a los ministros, principales y oficiales de guerra en los que mayor confianza tenía para comunicarles lo descubierto y asegurarse su fidelidad. Como no podía ser de otro modo, algunos de los participantes en la conjura, de los que aún no se conocía su implicación, también asistieron para no levantar sospechas; tal y como fue el caso del príncipe de Montesarcho. En esta reunión, se decidió que lo más urgente era poner a salvo la persona del virrey, como representante del soberano español, pues su muerte podía animar a los sediciosos a promover tumultos que, si se extendían, serían muy difíciles de controlar. De este modo, Medinaceli fue conducido a través de un camino secreto desde el palacio a Castelnovo, donde se estimó que estaría más seguro. Poco después, el virrey dispuso que dos compañías de caballos de las guardias se apostasen en las avenidas de la calle de Toledo, y en la plaza del mismo castillo. Para mandarlas, se ofrecieron don Andrés Dávalos, príncipe de Montesarcho, del Consejo de Guerra, el cual manifestaba su deseo de sacrificarse por la causa de Su Majestad, don Restaino Santelmo, duque del Populi, general de la artillería de aquel reino, y don José Caro de Montenegro, maestro de campo del tercio fijo de españoles, que estaba al mando de varias compañías de infantería y caballería. Convenientemente instruidos, marcharon por diversos cuarteles aclamando a Carlos III, a lo que el pueblo correspondió con gran ímpetu y alborozo. Y tan calurosa fue la acogida de esta iniciativa que a la vuelta de las tropas a palacio, se había conseguido la adhesión a ellas de muchísimos voluntarios.

Por su parte, los conjurados, al verse descubiertos, optaron por poner en práctica lo ideado. Tenían la esperanza de poder organizar tumultos de entidad suficiente como para vencer las disposiciones del virrey. Así, decidieron distribuirse por la ciudad proclamando en voz alta al archiduque Carlos. Otro grupo, que desconocía que la guarnición

había sido cambiada, optó por dirigirse a Castelnovo donde realizó las señales convenidas para que se les facilitase la entrada; sin embargo, la respuesta no consistió en la apertura de las puertas sino obviamente en disparos de fusil. Un hecho que contribuyó a dispersarlos y desorganizarlos. Además, pudieron abrir las cárceles y sacar a los presos, que no dudaron en su mayor parte en abrazar esta iniciativa. Es más, algunos de estos se hicieron fuertes en el monasterio de Santa Clara y de San Lorenzo, así como en la Casa de la ciudad, exponiendo en una de sus ventanas un retrato del archiduque. En este mismo sentido, el barón Sasinet colocaría una bandera con las armas austriacas en sus claustros, tras lo cual pasó a repartir doblones entre los asistentes para comprar la adhesión a su causa. Ciertamente, muchos aprovecharon la oportunidad para hacerse con algún dinero tras lo cual regresaron a sus casas; sin embargo, se logró reunir un grupo de sediciosos lo suficientemente importante como para atacar el palacio de la Vicaría, donde rompieron archivos y destrozaron papeles.

Todos estos sucesos crearon en la ciudad una gran confusión. Los sublevados no habían logrado hacerse con el control de ningún castillo, circunstancia que tranquilizaba notablemente al virrey, pero se hacía imprescindible lanzar cuanto antes una ofensiva. Al amanecer, todas las tropas disponibles salieron al mando de don Rustaino Cantelmo, duque de Populi, general de la artillería, individuo de conocido valor y experiencia; y en poco tiempo dispersaron fácilmente a la muchedumbre. Por otro lado, diversas compañías de tropas se dirigieron por la calle de Toledo hasta la puerta del Espíritu Santo, desde donde se avanzó a la puerta Susela, donde se habían fortificado los rebeldes; pero al poco de comenzar el fuego, huyeron precipitadamente. La marcha continuó por la calle de Santa Clara, donde había otros grupos atrincherados contra los que también se abrió fuego. Allí, los rebeldes mostrarían gran resistencia, especialmente en las partes que estaban fortificadas y desde las que disparaban a los hombres del virrey. Pero la refriega no duró mucho, y pronto se logró prender, junto a más de ciento cincuenta individuos, a uno de los principales sublevados y al emisario del emperador con instrucciones y documentos de todos los que tenían parte en esta conjura.

De este modo, a la una de la madrugada las tropas se retiraron a palacio entre las aclamaciones y vítores del pueblo. Los integrantes de la conjura habían sido dispersados; pese a lo cual, Medinaceli ordenó al duque de Sarno y al príncipe del Valle que, saliendo con los soldados de las compañías de campaña y toda la gente que pudiesen juntar, los persiguiesen. En la fuga fueron alcanzados el barón Sasinet y el príncipe de Laricha, los cuales fueron remitidos poco después a la Bastilla (Francia); también fue apresado don Carlos de Sangro, que a los pocos días murió degollado. En lo que respecta al príncipe de la Valle, lo hallaron escondido en una gruta de Monte Virgen, donde después de resistirse cuanto pudo, se suicidó. Su cabeza fue conducida a la ciudad, donde se colgó de una escarpia de hierro. Sin embargo, los Carrafas y otros lograron huir. No tendrían igual suerte el marqués de Pescara y el príncipe de Caserta, a los que se declaró traidores y se les confiscaron sus bienes. Es más, con respecto a Caserta, el Papa lo condenó además a destierro, como súbdito suyo que era al tener feudos en los

Estados Pontificios. Asimismo, el Pontífice reprendió duramente al cardenal Grimani por su vinculación con los conjurados.

Una vez recuperada la calma, Medinaceli decidió dar cuenta a Felipe V de lo sucedido, solicitándole el envío del mayor número de tropas posible. La escasez de efectivos armados en el reino era patente, y ello suponía un peligro potencial ante nuevas iniciativas del emperador. El rey respondió a esta petición de manera inmediata, enviando a fines de noviembre cinco tartanas con 1.200 hombres (FL 21-11-01). Además, la continuación de la guerra en Milán hacía necesario el tener bien prevenidos los restantes dominios españoles de Italia. Felipe V, consciente de la gravedad de la situación, resolvió que sin la menor dilación se enviasen a Nápoles algunos cuerpos de infantería y caballería de los ejércitos de Cataluña y Andalucía¹⁸.

De este modo, a pesar del fracaso de la conjura austracista, vemos que la nobleza malcontenta suponía un peligro latente, acrecentado por la incertidumbre que creaba la negativa del papa Clemente XI a conceder la investidura del reino como feudo pontificio. De ahí la urgente necesidad del monarca español de congraciarse el ánimo de sus súbditos napolitanos; y el mejor modo de hacerlo fue con la exaltación de la piedad del monarca, tal vez uno de los más sólidos fundamentos legitimadores de la majestad regia durante la Edad Moderna. En este sentido, 4 de octubre de 1701, el rey firmó un decreto por el que se declaraba a San Genaro protector y patrón de la ciudad y reino de Nápoles, pasando a ser el día de su martirio festividad en la corte regia.

Asimismo, la estrategia se completó con el mencionado viaje de Felipe V a Italia. En ese mes de octubre, la idea del viaje era ya un secreto a voces, por lo que el rey español indicó a su abuelo la conveniencia de hacerlo público (FL 20-10-01), a lo que Luis XIV accede publicando la noticia (LF 31-10-01). Es más, semanas más tarde el rey español le informará además de los inconvenientes que se derivarían de que volviese a Madrid antes de marchar a Italia (FL 1-12-01), vinculados muy probablemente a los numerosos detractores del viaje que había en la corte española. Así pues, una vez concluidas las Cortes catalanas, el rey abandonó el 8 de abril de 1702 Barcelona con destino a Nápoles, donde desembarcó diez días más tarde y permanecería durante mes y medio. Allí desplegó una intensa campaña para apaciguar los ánimos entre la nobleza napolitana y para ganar adeptos a su causa distribuyendo numerosas mercedes entre la nobleza, frecuentando diversos lugares devotos y dejándose ver lo más posible en las diversiones palaciegas¹⁹. En suma, se desplegó una intensa exaltación propagandística de la imagen del rey, aunque con ello no se logró obviar la grave situación política que aquejaba al reino de

¹⁸ Antonio de UBILLA Y MEDINA, *Sucesión de el rey D. Phelipe V...*, pp. 270-274.

¹⁹ Antonio ÁLVAREZ-OSORIO ALVARIÑO, «Felipe V en Italia. El estado...», en José Luis PEREIRA IGLESIAS (ed.), *Felipe V de Borbón...*, pp. 780-781.

Nápoles²⁰. Toda iniciativa era bien acogida, sobre todo si consideramos que este reino era el pilar de la Monarquía Hispánica en Italia; ya que no es exagerado afirmar que constituía una auténtica cantera de recursos fiscales y demográficos²¹.

UNA REINA PARA EL REY

Instalado Felipe V en Madrid, la cuestión de negociar su matrimonio para garantizar herederos que alejaran de la Monarquía Hispánica las décadas de tensión e incertidumbre que se habían derivado de la ausencia de hijos de Carlos II, se abordó desde muy pronto. Los grandes personajes españoles que rodearon a joven rey, entre ellos el cardenal Portocarrero y Manuel Arias, presidente del Consejo de Castilla, eran partidarios de una esposa extranjera, por lo que no se puso obstáculo alguno al hecho de que el propio Luis XIV se ocupase de tratar el enlace. Tras las gestiones a su favor de la duquesa de Bretaña, éste consideró conveniente que la elegida fuera María Luisa Gabriela de Saboya, hermana de aquella e hija del duque de Saboya, lo cual reforzaría la alianza con este soberano con vistas al conflicto bélico a la par que se resolvía la cuestión matrimonial²².

Las negociaciones comenzaron apenas un mes después de la entronización del monarca, procediéndose, una vez acordados sus términos, a su publicación el 1 de mayo de 1701. Ciertamente, la redacción de las capitulaciones²³ y demás documentación necesaria corrió a cargo de Antonio de Ubilla, secretario del Despacho Universal²⁴, pero sería desde Versalles desde donde se resolvería lo más importante. Buena prueba de ello será la remisión que Felipe V hizo a su abuelo de varias cartas que éste consideraba conveniente enviar a su futura esposa, así como a sus padres, y que se habían escrito con diferentes fórmulas, para que aquel eligiera la mejor y la enviase acompañada de otra suya (FL 10-5-01).

Este matrimonio tuvo como efecto inmediato que, mientras que venecianos y franceses fortificaban y aseguraban posiciones, Saboya no movió sus armas limitándose a

²⁰ Sobre esta estancia de Felipe V en Nápoles pueden encontrarse detalladas descripciones en UBILLA Y MEDINA, Antonio, *Sucesión de el rey D. Phelipe V Nuestro Señor en la Corona de España. Diario de sus viajes desde Versalles a Madrid; el que executó para su feliz casamiento. Jornada a Nápoles, a Milán, y a su exercito; sucesos de la campaña y su buelta a Madrid*, Madrid, por Juan García Infanzón, 1704; BULIFON, Antoine, *Journal du voyage d'Italie de l'invincible et glorieux monarque Philippe V, roy d'Espagne et de Naples*, Naples, chez Nicolas Bulifon, 1703; y PARGA Y BASSADRE, Gregorio, *El Fenix de Bolonia, en ocasion de celebrar la venida de Felipe V á Italia*, Bolonia, Imprenta de Pier Maria Monti, 1703.

²¹ Antonio ÁLVAREZ-OSORIO ALVARIÑO, «De la conservación a la...», *Stvdia Historica. Historia Moderna*, 26 (2004), p. 205.

²² Acerca de las gestiones matrimoniales y de formación inicial de la joven reina es imprescindible la consulta de José Antonio LÓPEZ ANGUITA, «Formar a una reina francófila...», en Eliseo SERRANO (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en historia moderna...*, pp. 903-917.

²³ Antonio de UBILLA Y MEDINA, *Sucesión de el rey D. Phelipe V...*, pp. 274-292.

²⁴ Como reconocimiento, entre otros, a estas labores, Felipe V concedió a Ubilla un título de Castilla.

tener sus regimientos completos. Además, esta alianza permitiría disponer para el bando francés de quince mil veteranos que el duque tendría bajo su mando para desarrollar acciones defensivas en los territorios italianos; del mismo modo, también animaría al soberano portugués para firmar tratados de alianza con España y Francia. No obstante, Francia siempre desconfió del duque de Saboya. Mientras se gestionaba el matrimonio, ya Luis XIV informó a su nieto a finales del mes de julio de que se había visto obligado a retrasar el enlace hasta comprobar la sinceridad de aquel (LF 29-7-01). Aún así, el matrimonio se realizaría finalmente por poderes en la ciudad de Turín el 11 de septiembre de 1701, partiendo inmediatamente la joven reina con dirección a Niza donde embarcaría en las galeras del duque de Tursis y se encontraría con su camarera mayor, la princesa de los Ursinos²⁵.

El viaje por mar, sin embargo, no fue el esperado. El mal tiempo y su propio malestar llevaron a María Luisa a continuar el viaje por tierra desde Marsella hasta Barcelona (LF 12-10-01). Un imprevisto que vendría a alterar la agenda del rey español. Si ya las derivas de las Cortes que se celebraban en Cataluña contribuían a reducir su interés por convocar, de manera inmediata, otras Cortes en otros reinos de la Corona de Aragón, este retraso en la llegada de la reina le hizo descartar su visita a Valencia. Aún más, el propio Luis XIV aprovechó para invitarlo a pasar a su reino para recibir a su esposa, propuesta que Felipe V declinó debido a que estando celebrando Cortes no consideraba correcto salir del Principado (FL 20-10-01).

María Luisa llegaría finalmente a comienzos de noviembre, procediéndose a ratificar el matrimonio en Figueras el día dos. Ésta llegó con buena salud y agradó al joven Felipe V, que diría sobre ella a su abuelo «me parait avoir beaucoup d'esprit et que sa figure est agréable». Aún así, el matrimonio no comenzó sin un pequeño contratiempo²⁶. El que se devolviese toda su corte a Turín, no permitiendo que pasase nadie con ella a la corte española, disgustó a la reina. Lo ocurrido se lo trasladaría el soberano español a Luis XIV a través de Louville, indicándole que este asunto lo tenía «si troublé et si faché» (FL 4-11-01). En cualquier caso, el problema se resolvió rápidamente, tanto que cuando el rey francés le redactó una serie de indicaciones para que no se dejase manejar por su esposa, que debía obedecerlo (LF 13-11-01), ésta accedía ya gustosa a las peticiones y decisiones de su marido. En este sentido, el propio Felipe V indica a su abuelo en varias cartas de fecha posterior que su matrimonio marchaba bien y que la reina acataba sus indicaciones, habiendo aceptado incluso que se remplazase su confesor por un jesuita español (FL 21-11-01).

²⁵ Vicente BACALLAR Y SANNA, *Comentarios de la guerra de España...*, I, p. 48-49 y 62.

²⁶ El suceso lo detalla el duque de Saint Simón en sus célebres *Memorias* (María de los Ángeles PÉREZ SAMPER, «La figura de la reina en la nueva monarquía...», en José Luis PEREIRA IGLESIAS (ed.), *Felipe V de Borbón, 1701-1746...*, p. 280).

CONCLUSIONES

La diversidad de temas abordados en la correspondencia real, a pesar de haberlos estructurado en tres grandes bloques para su análisis, hace complejo establecer unas conclusiones generales. En este año 1701, la correspondencia entre los reyes españoles y francés está definiéndose; las cartas emitidas desde España se debaten entre la correspondencia oficial y la estrictamente privada, un hecho que pensamos que movió a que no pocos asuntos se comunicasen a través de otros individuos, como Louville y los embajadores franceses, tal y como se aprecia en la documentación analizada. Aún así, en una fecha tan temprana ya se deja entrever la facilidad con la que, casi desde el inicio, Luis XIV va tutelando a la monarquía española. En materia de diplomacia y preparativos para la guerra, la Monarquía Hispánica se limita prácticamente a dar el visto bueno a las iniciativas francesas. Al rey francés le interesaba utilizar a su nieto como una ficha más a mover en el complejo escenario de guerra europea que se avecinaba. Mientras que el Consejo de Estado y el propio cardenal Portocarrero abogaban porque Felipe V se asegurase la lealtad de sus súbditos, el monarca francés apostó por un viaje del rey a Italia, que permitiría reforzar el poder español, pero sobre todo el francés, en suelo italiano. Del mismo modo, para la búsqueda de consorte del joven Felipe V, fue su abuelo quien eligió a la candidata y negoció las condiciones.

No obstante, esa tutela no se limitó únicamente a dar algunos consejos a su joven e inexperto nieto. Luis XIV fue allanando el camino para rodearlo de individuos afines a sus intereses y que impidiesen las injerencias de los españoles. En este sentido, destaca sobremanera la iniciativa de conceder el mismo tratamiento a los duques franceses y a los Grandes de España en ambas cortes; una medida promovida por el monarca francés y que haría posible que sus embajadores acabaran actuando *de facto* como primeros ministros de la Monarquía Hispánica.